

Toda la cara oculta de Thomas Mann

Luis Meana Menéndez

QUE hay amores que matan es sabido. Que la pasión por Alemania es precisamente uno de ellos, ha habido ocasión de comprobarlo —y sobre esto podría uno cantar una canción, por decirlo con un giro germánico—. Sorprendente es, en todo caso, que ni siquiera un Thomas Mann escapase a ese destino, lo que lo vuelve todavía más satánico. De su hijo, Golo, viene la narración de cómo el «viejo» meneaba la cabeza y repetía, confuso casi como un boxeador sonado, su incompreensión ante el hecho de que un día todo Munich se lanzara a la Marienplatz a aclamarlo y otro, años después, lo echaran al exilio.

Esa incompreensión radical explica probablemente gran parte del último volumen de los «*Tagebücher*» («*Diarios*») publicado en Alemania y que comprende los años 1944-46. Un volumen especialmente importante por diversas razones. En primer lugar, por la importancia histórica de la época misma: los años finales de la guerra, la derrota del fascismo, el fin del odiado hitlerismo, el hundimiento y, a la vez, el futuro pendiente de Alemania. En segundo lugar, por una cesura personal importante: el diario se cierra con Mann internado y enfermo, y el anuncio de un diagnóstico: el cáncer de pulmón del que moriría. Además de eso, por una razón literaria: este diario coincide con la escritura del *Doktor Faustus*, y es para la génesis y exégesis de esa obra una importante fuente complementaria del «*Entstehung*». Cuarto, por una razón editorial: es el primer volumen que aparece tras la muerte del editor de los cinco diarios anteriores, Peter de Mendelssohn. La nueva editora, Inge Jens, ha realizado una de las labores de edición de Thomas Mann más inmensas y perfectas de las conocidas. Como muestra, este botón: la inversión del estatus y proporción de texto y comentarios hasta el punto de que ahora éstos superan —duplican— el texto. Esos extensísimos comentarios (casi 500 páginas) son tan importantes, o más, que los concisos y telegráficos textos del diario mismo, porque reproducen, de una forma mucho más acongojante, la tragedia de los doce años más decisivos de este siglo y de este personaje del siglo.

Rey destronado

Por definición, un diario ha de ser una especie de cara oculta de la luna. Un material del que se espera que sea lo que ya se sabe que no puede ser: la explicación de lo que la cara pública del personaje ha dejado pendiente. Este diario, quizá más que ningún otro, es en eso auténtico. Revela, por un lado, una cantidad enorme de datos —relevantes e irrelevantes— de la intimidad política, familiar, literaria y personal de Mann. Por otro, incluso cuando los tapa o tergiversa, o sobre todo entonces, revela incluso contra la propia voluntad. Como está dicho, se es moderno a pesar de uno mismo.

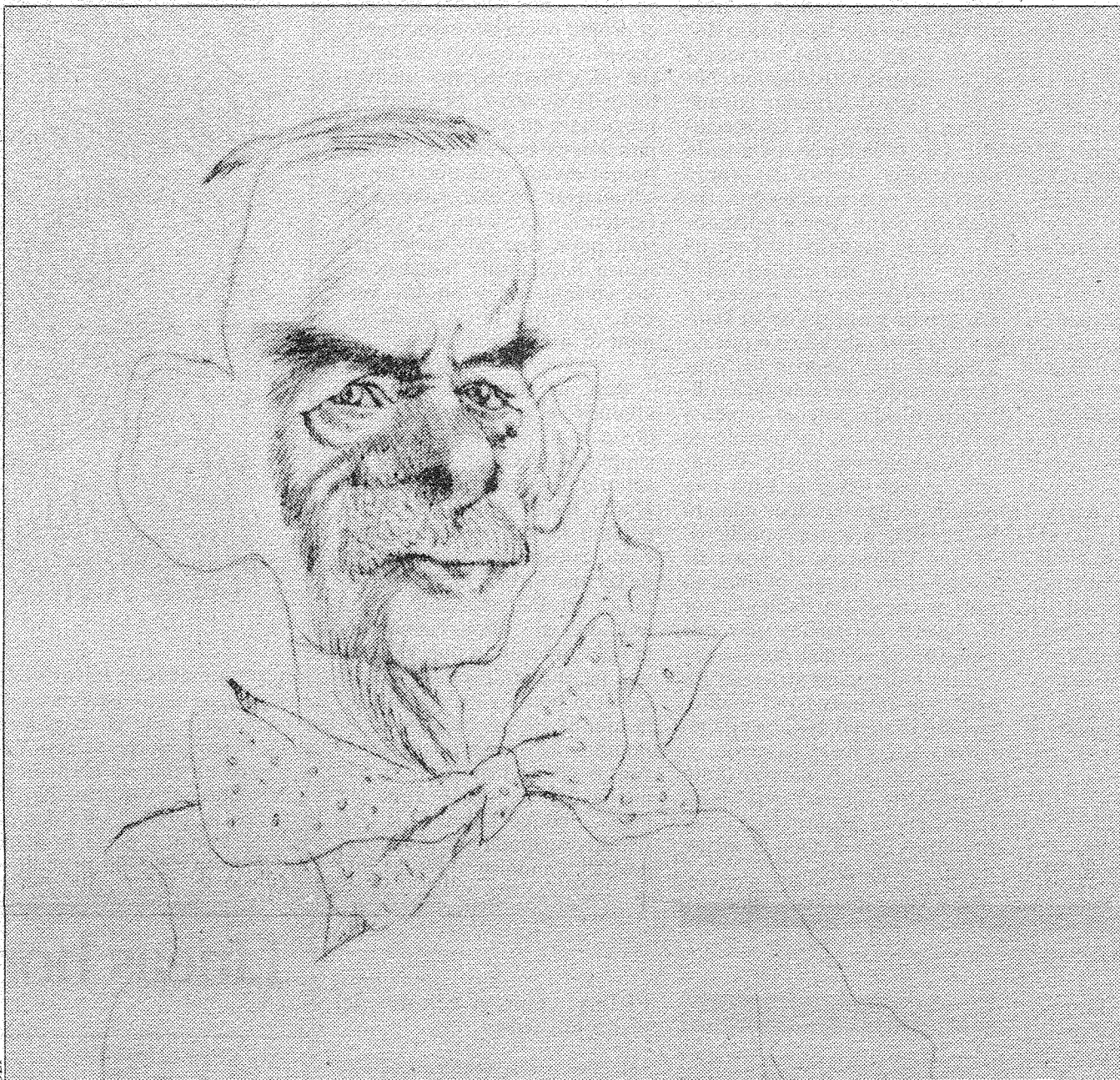
Si, como adelantó Lukacs,

personajes como Mann o Goethe son la condensación de una época, son una época en su universalidad —en su condición de universo y de universal— y en su especificidad única, este diario, quizá más que cualquier otro, es el diario de una época. De una crisis. No de una persona, sino de una «*Weltanschauung*». En general, el diario es la lucha gigantesca entre una razón y un capítulo de la historia universal. El diario de un hombre que trata de entender —e incluso contrarrestar— el irracionalismo bestial de lo que le sucede y le sucede a la época forzando la razón.

En su mera apariencia parece el de un rey destronado. Y lo es: el rey de la pluma de la burguesía, el «*kaiser*» de la emigración y de la literatura alemanas. O mejor, y puesto que sus reacciones tienen a menudo algo de las de una damisela, las de una reina: la reina cultural de la intelectualidad de la costa oeste. Su riqueza, su vida exquisita, el pintor para el que posa, la manicura. Esas cosas, casi siempre expuestas en el diario junto a tantas situaciones y destinos trágicos, como el de su hermano Heinrich o como el de tantos otros contemporáneos alemanes, hacen a veces el diario humanamente hiriente y en ocasiones hasta repugnante.

El «*kaiser*» de la emigración da, a lo largo de todo el diario, la impresión de un prisionero incapaz de romper sus propios barrotes de oro. La actitud programática de este «*kaiser*» queda expuesta en su visión de la figura de Mozart: un aristócrata, como Goethe, sin sentido para lo popular, y que no conoce más fuente de inspiración para su música que la música misma. Eso hará él con la literatura: fecundación artificial. En el diario, Mann aparece como lo que fue: un gran «*compositor*» de novelas temáticamente «*aristocráticas*». Impresionante cómo recoge material de un lado y otro (de multitud de lecturas, de diálogos con Adorno, de clásicos, tratados...) conforme al lema «*je prends mon bien où je le trouve*». E increíble cómo compone y va trabajando la composición.

Como a todo criador encerrado, que crea literatura a partir de la literatura, se le ve una manía pasional por la vivisección. Vivisección hipercrítica y sorprendentemente certera: llama la atención el acierto y tino de sus diagnósticos en cuestiones históricas y literarias. Notable también la obsesión notarial, algo maniaca e inhumana: lo registra, lo analiza todo como un notario puntilloso, obsesivo e irritable. Manía especialmente clara en enfermedades y detalles médicos. La actitud hipercrítica tiene una segunda cara: la corrosión interior. La autocrítica. Su duda profunda —y a veces depresiva—, su angustia e inseguridad ante la calidad y el valor histórico de la propia obra. Hay cierto narcisismo y coquetería en todo ello, pero un narcisismo desesperado. Medicina —a la vez enervante y analgésica—

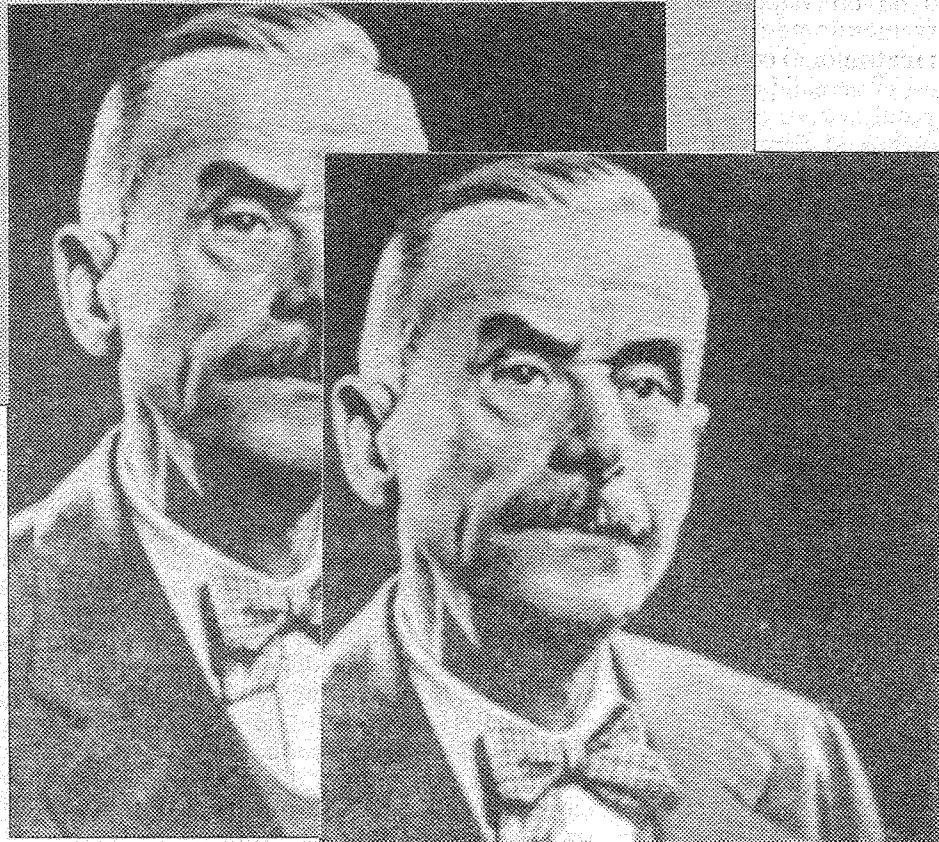


T. PERICOLI

para todo eso es el trabajo; indescriptible la capacidad de trabajo, la cantidad, variedad y calidad de las lecturas. Y el nivel de información. Aunque, a veces, se trague fantasías como la de que Franco va a renunciar para dar paso a un Gobierno democrático bajo Maura.

Bonzos nazis

En esa vivisección, como en todas las vivisecciones, los sentimientos desempeñan un papel decisivo y, a la vez, subterráneo. Incluso, e incluso especialmente, los familiares: casi siempre algo fríos, neutrales, distantes. Una anécdota describe ejemplarmente el ambiente familiar normal de los Mann: según propia confesión, hasta casi su mayoría de edad, Golo tartamudeaba cada vez que tenía que hablar con su padre. En el diario aparece claramente esa distancia y frialdad. Con excepciones. Su pasión por su hija, Erika, o su nieto, Frido. Su antipatía hacia el yerno, Borgese, sus referencias casi siempre despectivas, duras e injustas hacia la mujer de su hermano, Heinrich; los textos sobre el suicidio y entierro de ésta son inadmisibles. Los sentimientos se vuelven menos subterráneos y más violentos respecto a la guerra y sus implicaciones: Alemania y el exilio. Un exilio que parece ser la fuente de un resentimiento profundo que lo penetra casi todo. Sigue detalladamente el transcurso de la guerra con una mezcla de ansiedad y desesperación. Le desagrada profundamente el fanatismo de los alemanes. Odia a los bon-



Mann, según sus diarios, parece un rey destronado: el rey de la pluma de la burguesía, el «*Kaiser*» de la emigración y de la literatura alemanas.

zos nazis. Por el nazismo, dice, conoció lo que es el odio moral e imperecedero. Especialmente fuerte se expresa el día de la muerte de Hitler, muerte que no cambia ya nada. Escribe, con el clásico «*the day is ours, the bloody dog is dead*», «el día es nuestro, el perro sanguiinario ha muerto». Impresionan las constantes frases negativas hacia lo alemán («*race maudite*»; «no, no es un gran pueblo...»). Sobre ellas construye su teoría de lo alemán («*Deutschland und die Deutschen*»). Especial irritación le causa la cuestión de la culpabilidad alemana: que no se condene claramente el nazismo, ni haya conciencia de culpa. Como si hubiera venido de fuera y no fuera algo con raíces seculares en la historia ale-

mana. Desea una limpieza a fondo de los culpables. Incluidos muchos de los que se visiten de exiliados interiores, y que son renegados y oportunistas. Llega a decir que habría que «*limpiar*» a un millón de alemanes. Esa dura actitud general frente a Alemania y el futuro alemán lo distancia de la mayoría de literatos y exiliados, especialmente los del «*Free Democratic Council*», y le causará enfrentamientos y ataques constantes y furiosos. En el importante texto titulado «*Por qué no vuelvo a Alemania*» justifica así su permanencia en el exilio: son tan nazis como antes y no podría sentirse como en 1930. Sólo otro alemán universal mantiene una posición tan dura y extrema en este punto: Einstein. Del que

se cita una carta atterradamente antialemana, en la que habla de las lágrimas de cocodrilo de los que degollaron a millones y volverían a hacer lo mismo porque no tienen sentimiento de culpa ni de dolor.

En resumen, este diario es el retrato excepcional de un momento apocalíptico de la razón y el autorretrato de uno de sus más aristocráticos defensores. Hacia el final del diario relata Mann la conmoción interior sentida al leer un conocido texto del Apocalipsis: «*Tú tienes una fuerza pequeña, pero has mantenido mi palabra y no has negado mi nombre*». Conmoción que revela inmejorablemente la misión y tragedia a la que se entregó este servidor desfallecido y fiel de la aristocrática razón. Su Apocalipsis.